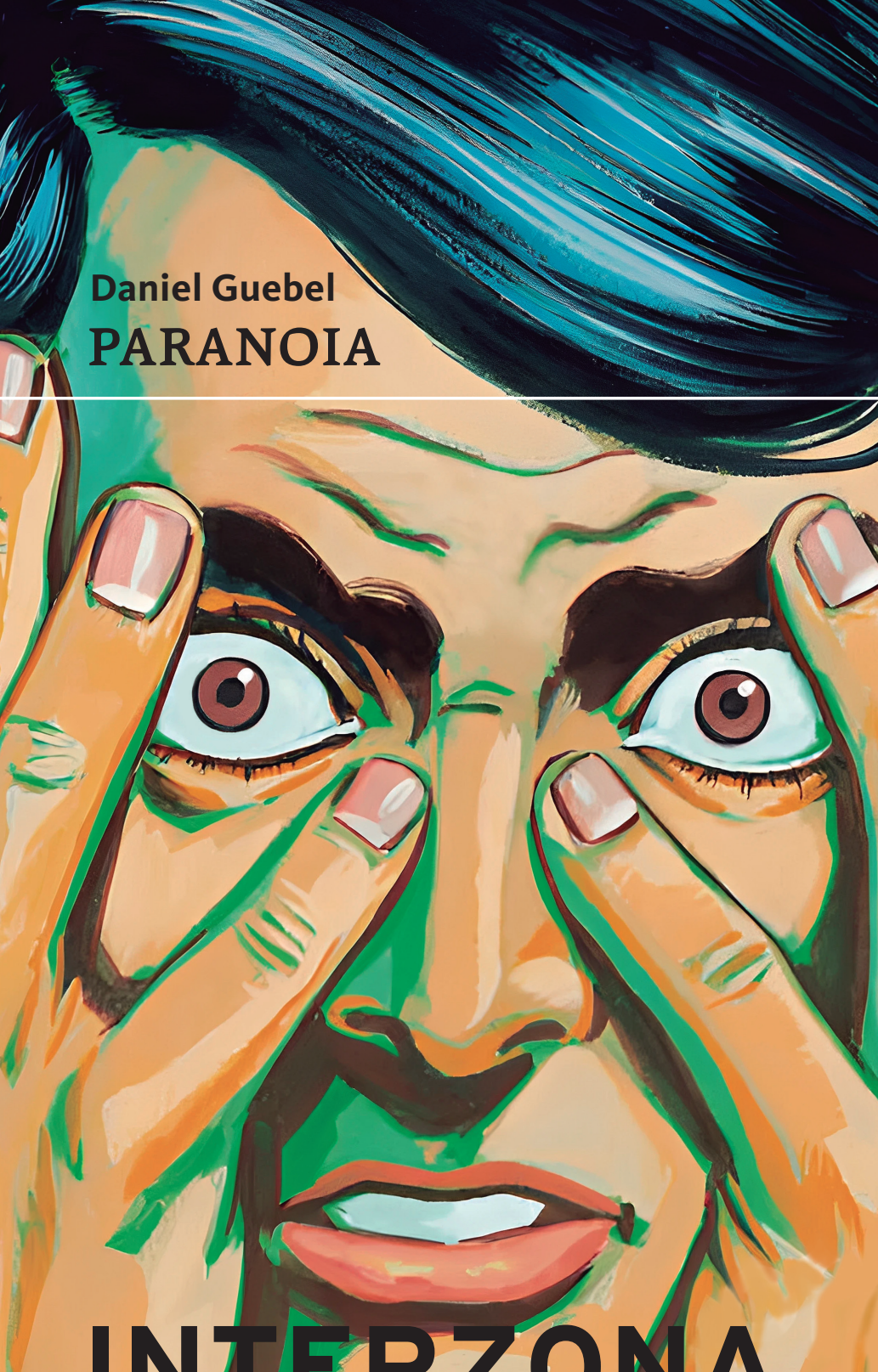




Daniel Guebel
PARANOIA

INTERZONA

Te invitamos a leer
las primeras páginas de este libro,
y las de todo nuestro catálogo.

Pero si te gusta leer en papel,
acá podés conseguir tu ejemplar.

COMPRAR LIBRO

PARANOIA



Daniel Guebel

PARANOIA



INTERZONA

INTERZONA

Guebel, Daniel

Paranoia / Daniel Guebel. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2025.

160 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de Ficciones)

ISBN 978-987-790-128-3

1. Literatura Argentina. 2. Novelas. 3. Narrativa Argentina

Contemporánea. I. Título.

CDD A86o

© Daniel Guebel, 2025
Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.

© interZona editora, 2025
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial y diseño de tapa: Fernando Ozón

Corrección: Mónica Campos

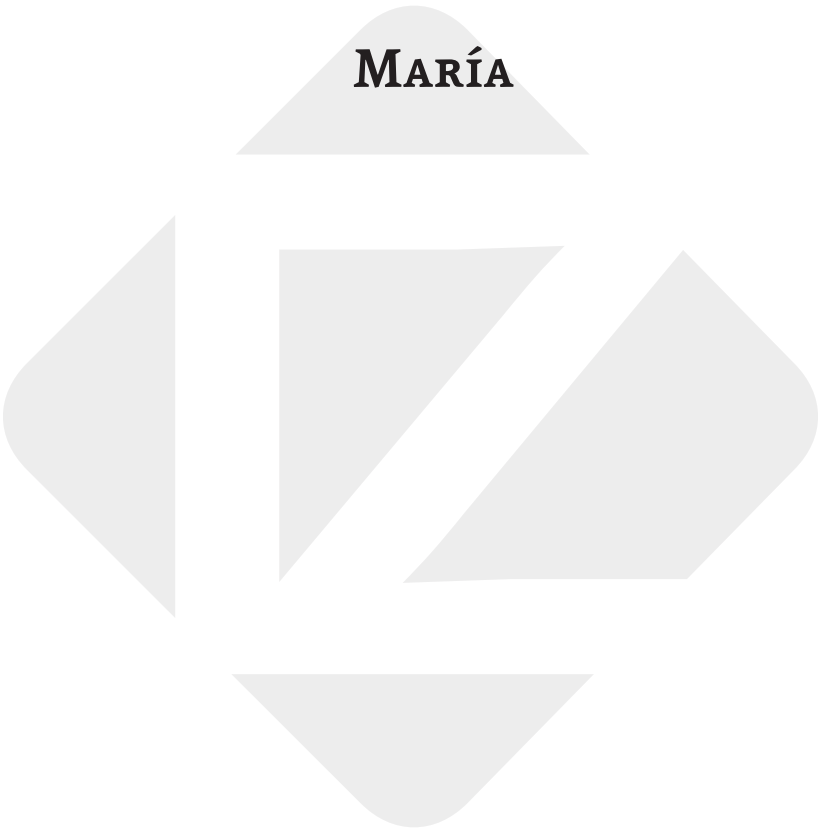
Ilustración de tapa: *Man looking through fingers*, CSA Images

ISBN 978-987-790-128-3

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

A stylized logo consisting of five light gray geometric shapes arranged in a circular pattern around a central white space. The shapes are: a semi-circle at the top, a triangle pointing left on the left, a triangle pointing right on the right, and two trapezoids at the bottom (one pointing up, one pointing down). The word "MARÍA" is written in a bold, black, serif font across the top semi-circle.

MARÍA

Un día de otoño, sin conocer bien los motivos, interrumpí mi relación con María. Luego de un tiempo me pesó su ausencia y entonces la busqué. En la dulzura de los primeros momentos de reconciliación, ella se entregó como nunca antes y decidió confiarme aspectos de su vida de los que yo no tenía noticia. Al principio me relataba antiguos acontecimientos familiares, los cuentos de la infancia. Después avanzó en las fechas y se acostumbró a llamarme al teléfono de línea y soltar sus anécdotas a altas horas de la noche. Podía detenerse, recomenzar o retroceder en los temas en un fluir sin principio ni fin. En ocasiones yo me levantaba del sillón y sin hacer ruido iba a la cocina, ponía a calentar el agua, volvía a sentarme, alzaba el tubo del teléfono, murmuraba un sí o un no, al rato iba de nuevo a la cocina, me preparaba un té y regresaba. María no advertía esas ausencias y eso me molestaba. Me molestaba que estuviera tan segura de mi interés, dijera lo que dijese. Me molestaba que entrara en detalles sobre sus romances del pasado, lo que me llevaba a imaginar que en el futuro mi nombre podía ser incorporado a una nueva serie destinada a oídos de terceros. A veces pensaba decirle: “¿Pero por qué no le contás estas cosas a tus amigas? ¿Por quién me tomás?”. Sin embargo, debía contener mi enojo porque en algún momento sus narraciones reflejaban angustia. Tal vez hablando sin parar buscaba

un límite o esperaba que el recuento aliviara su dolor. Y ese dolor respondía a un orden de cosas diferente al de sus aventuras sentimentales: se trataba de la situación de su hijo, Adrián.

Ya en los primeros meses del embarazo, mientras lo sentía moverse dentro de su vientre, tuvo una sensación extraña. Los signos vitales de la criatura eran normales, pero cada uno de ellos parecía intensificado. En el momento del parto, cuando ya se había colocado en posición dentro del canal, Adrián hizo un movimiento brusco, se acomodó de través, y al girar sobre sí mismo enlazó el cordón umbilical alrededor de su cuello. María gritaba de dolor y de miedo: estaba segura de que ambos morirían en el parto. Empezó a sentir que le faltaba el aire y tuvieron que colocarle una máscara de oxígeno; se desmayó por unos instantes. Al volver, en medio de las brumas de la seminconsciencia vio que entre sus piernas aparecía una lenta y sangrienta cosa amarilla, un monstruo que colgaba de la soga de los ahorcados. El obstetra maniobró para evitar que la criatura se ahogara. Apenas lo hizo, Adrián, que aún permanecía a medias dentro del cuerpo de la madre, soltó el quejido de los desgraciados. Después salió.

Los médicos dijeron que el parto había sido normal, pero a partir de entonces María no tuvo tranquilidad. Sabía que Adrián era diferente al resto de los chicos y que eso se manifestaría en algún momento. Estaba nerviosa, volvió a fumar, se mostraba irritable. Con Marcelo, su marido, discutía todo el tiempo, se acusaban mutuamente de las peores cosas. Ella le pedía que se fuera, él se negaba: “Yo compré la casa”, decía. “¿Querés que me vaya yo, que me quede en la calle con la criatura, o preferís que desaparezca y te la deje?”, contestaba ella.

Marcelo terminó por irse. Cada tanto volvía a la madrugada, fuera de sí. Mezclaba alcohol con estimulantes, antidepresivos y cocaína. Golpeaba la puerta hasta que María le abría. Entonces corría al cuarto de Adrián y lo abrazaba contra su pecho, tan fuerte que lo hacía llorar. Marcelo lloraba también, apretaba su cara contra la cara de

Adrián y le decía: “Hijito mío adorado, tu mamá me echó, me siento muy infeliz sin vos”. Luego le pedía a María que lo dejara dormir allí y se acostaba en el piso, ante la puerta del cuarto, como un perro guardián. Ella lo odiaba tanto que a veces se levantaba temprano por la mañana y lo despertaba a puntapiés. Marcelo se doblaba sobre sí mismo, se cubría la cabeza con las manos, salía corriendo de la casa y no regresaba por semanas, o meses.

La escena se repetía con alguna que otra variación.

A los dos o tres años de su nacimiento, Adrián no daba señales de reconocer a María, pero en su presencia se mantenía en calma. En cambio chillaba cuando se le acercaba otra persona. Soltaba unos agudos cristalinos, transparentes, sin modulación, hasta que se le acababa el aire.

El pediatra dijo que esa conducta cedería con el tiempo, pero mandó hacerle una serie de estudios. Los resultados indicaron que los síntomas no respondían a una enfermedad particular, sino a un complejo de determinaciones neurológicas aún sin cura. Para mantenerse estable debía recibir tratamientos cuyos costos María no estaba en condiciones de afrontar. Marcelo sí, porque pertenecía a una familia de fortuna. Sin embargo no aportaba un solo peso.

María inició un juicio a la empresa de medicina prepaga para que cubriera los gastos y otro a Marcelo en demanda de la cuota alimentaria. Pero los juicios se extendían y ramificaban, las partes pedían pruebas y contrapruebas y cada dos por tres ella cambiaba de abogados, segura de que habían sido sobornados por la prepaga o por el propio Marcelo. Cuando la conocí, se la pasaba visitando estudios jurídicos. Para cada una de sus salidas debía conseguir una cuidadora, porque Adrián no podía quedarse solo. Después de una jornada de recorridos agotadores (abogados, auditorías), a medida que se iba acercando a su casa escuchaba el crescendo de los agudos de su hijo, las voces de una u otra cuidadora –no duraban más de un par de semanas– tratando de calmarlo y los gritos de los vecinos.

Su situación me conmovía. Le ofrecí ayuda y María aceptó de inmediato. Consulté con especialistas en trastornos de la infancia, con neurólogos, con psicólogos. Tuve respuestas y propuestas que le transmití. Ella se mostró aliviada, me dijo que yo era su única tabla de salvación –“mi vida sería mucho más horrible sin vos”– y me pidió que le gestionara encuentros con los especialistas. Pero a los pocos días las secretarias de los médicos me avisaban que María había faltado a la cita y preguntaban si pedía un nuevo turno. También me pedían que abonara la consulta perdida. En esas oportunidades, ante mis reproches, María alegaba exceso de problemas, cansancio, confusión y olvidos, manifestaba arrepentimiento y voluntad de enmienda.

Se me ocurrió que estaba tan hundida en la desesperación que dar un solo paso más, albergar siquiera una gota de esperanza y sentirse luego defraudada sería para ella peor aún que aceptar la continuidad del estado en que se hallaba. Me pedía ayuda, entonces, no porque creyera en la posibilidad de obtenerla, sino porque necesitaba tener a alguien con quien hablar.

Una vez, sin embargo, me refirió una escena en la que aparecía algo semejante a un punto de claridad. Un par de días antes, me dijo, la nueva cuidadora había faltado a sus tareas sin dar aviso y cuando llegó el mediodía se dio cuenta de que necesitaba comprar algunos comestibles para preparar el almuerzo. En general, hacía sus pedidos por internet o por teléfono a una de las grandes cadenas mayoristas y se los alcanzaba la camioneta de reparto, pero el sindicato de empleados del transporte alimenticio había iniciado una huelga en demanda de aumentos salariales, lo que interrumpía la distribución. Como única alternativa le quedaban los supermercados chinos del barrio, que nunca se plegaban a las medidas de fuerza porque pertenecían a un sindicato único: la mafia china. María evaluó la posibilidad de comprar todo a los apurones y volver corriendo a su casa antes de que Adrián entrara en crisis al notar su ausencia, pero desistió de la idea: él nunca había estado solo, ni

un segundo. Explicarle la necesidad de su salida era imposible. Su hijo no discernía entre “yo”, “mamá”, “vos”, “nosotros”, “ellos”, o “eso”. Y a su edad todavía usaba pañales. La única alternativa era llevarlo con ella.

Y encima llovía. Una lluvia fina, que volvía resbaladiza la vereda.

Adrián amagó con retorcerse sobre sí mismo cuando María se le acercó. Era lo habitual. Después venían gritos o mugidos acompañados de llanto. Ella le habló suavemente, sabiendo que no servía de nada. Sin embargo, en esa ocasión, quizá porque había estado mirando a través de la ventana con algo parecido a un gesto de curiosidad, Adrián dejó que su madre lo tocara, primero con un dedo, después con dos, durante unos segundos. María preveía retirarlos apenas Adrián tuviera la menor reacción. Pero nada ocurrió. Entonces volvió a hablarle, le dijo lo que harían. Él no mostró interés por la explicación, seguía el movimiento de las gotas de agua que se deslizaban sobre el vidrio. María buscó la dirección de su mirada y dijo: “Lluvia”.

Salieron. Adrián caminaba al lado de su madre y alzaba la cara para que las gotas se desparramaran por su frente, sus ojos y sus mejillas. “Era la primera lluvia de su vida, quizás la última”, me comentó María. Siempre me había llamado la atención esa sospecha acerca de la proximidad de su fin. Quizá, por mucho que lo amara (¿y cómo no amar a un ser indefenso, débil, a expensas del cuidado ajeno?), deseaba también el cese del agobio. Quizá soñaba con perderlo, con internarlo en una institución y no verlo más, con dejarlo al cuidado de su padre, con su muerte.

Llegaron a la puerta del supermercado chino. Sentada sobre las rodillas del cajero, una chinita de no más de cinco años jugaba con un ábaco. Al ver a Adrián, le sonrió. Adrián no pareció reparar en el gesto de la niña. Sin embargo, se soltó de la mano de la madre, se aproximó al mostrador y tendió la mano en dirección del ábaco. La niña se lo dio y Adrián empezó a pasar las cuentas con tanta rapidez que los pequeños discos parecían a punto de fundirse unos

con otros. María creyó que los colores de las cuentas le habían llamado la atención y que buscaba combinarlos, como más de una vez había hecho con las plastilinas: después de amasarlas hasta conseguir una masa informe y tirando a violácea o verdosa, las arrojaba contra la pared o se las frotaba por el cuerpo, llegando incluso a masticarlas. Pero ahora no parecía alterado, solo concentrado en lo que hacía. La cuestión era, ¿cómo separarlo del juguete?

María estaba pensando en los trucos que debería usar para conseguir su objetivo y comenzar con las compras, cuando advirtió que Adrián, además de manejar el ábaco como un experto, murmuraba algo, una especie de letanía. Al agacharse para escuchar mejor se dio cuenta de que su hijo estaba haciendo cálculos.



Apenas volvió del supermercado María se comunicó con el médico de Adrián, que la alentó a que comprara un ábaco y lo dejara en la habitación de la criatura.

Aquello no dio resultado. Adrián se pasaba las horas contemplando la pared blanca y acolchada sin mostrar curiosidad por el objeto. El médico indicó entonces que lo llevara de nuevo al supermercado chino.

Fueron por la mañana. En la caja ahora atendía un joven peruano y Adrián comenzó a gritar. María tuvo la certeza de que habían entrado al comercio equivocado –todos esos locales son idénticos–, y llevó a su hijo al supermercado de la cuadra siguiente. En la caja, un chino de edad imprecisa controlaba los movimientos de la clientela a través del monitor de su computadora. Cada cámara cubría un sector del local que se reproducía a mínima escala en una ventana de la pantalla. Adrián se soltó de la mano de su madre, pasó del otro lado del mostrador y antes de que el chino pudiera detenerlo comenzó a tocar las teclas de la computadora. Las ventanas de la pantalla aumentaron y se achicaron, brillaron y ganaron opacidad, y luego comenzaron a girar como si fuesen un molino de viento.

María me llamó para contarme la novedad: “Todo el tiempo me dijeron que mi hijo era un discapacitado y resulta que podría ser un

genio total». Arriesgué que tal vez lo estimulaba establecer contacto con esos orientales. Con ellos dejaba de gritar, desarrollaba sus capacidades, se apropiaba de los dones ajenos y los incrementaba. “Habría que estudiarlo, llevarlo a los centros de investigación más avanzados”, le dije. A lo que María me contestó: “Ni loca voy a convertirlo en una rata de laboratorio”. “¿Y hasta cuando vas a dejar que los cuidados de Adrián te sigan consumiendo la vida?”, le dije. Y ella: “Muchas veces no entiendo ni la existencia de mi hijo ni la mía. Pero es cierto lo que decís. Tengo que hacer algo más que ocuparme de él. Necesito amor, compañía”. “Es un deseo razonable”, le dije. Y ella me contestó: “Lo estuve pensando. Quiero que seamos una pareja”.

Si algo no esperaba era eso. “Pero María, ya intentamos...”, empecé. “¿Y por qué no? Vos me amás. Si no, ¿por qué me escucharías? Te cuento cosas que espantarían a cualquiera. Te hablo de mis problemas durante horas. Tu paciencia es tu forma de demostrarme amor, ¿no te das cuenta?”. “Ay, María...”, quise empezar con tono de fastidio, después callé. Durante unos segundos ella permaneció en silencio. Luego me contestó “chau” y cortó.

Al rato volvió a llamarme: “No digas ni una sola palabra. Escuchame. No voy a permitir que te desligues tan fácilmente. Pensalo. Si no soy yo, ¿quién te va a aguantar? Con tus manías, tus caprichos, tus dificultades, tus rarezas... Si desaparezco, lo único que vas a lograr es entregarte a la estupidez de siempre, a creer que sos una persona impedida de mantener vínculos amorosos normales. Pero en el amor no existe lo normal o lo anormal. La normalidad es una ilusión. Lo que es normal para una araña es el caos para una mosca”. “Es una idea interesante”, admití. “Te dejo pensando hasta que se te agote la taradez”, dijo y colgó.

Pasaron varios días, quizá más de una quincena, y María no me llamó. Mi primera reacción fue de alivio. Incluso, con su ausencia, podía pensar en términos más amplios acerca de nuestra relación.

Ella era atractiva y en la cama supo depararme algunos placeres. Pero como nuestros encuentros se interrumpieron no pude

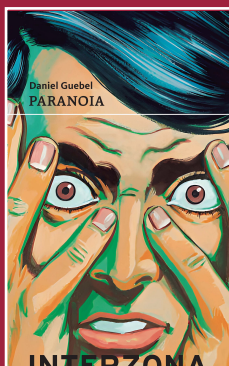
disfrutarlos en extensión y plenitud. De hecho, volviendo sobre aquel período, recordé que me había retirado precisamente cuando ella hizo promesa de futuros descubrimientos amorios y afirmó que, una vez que los experimentara, ya no podría prescindir de ella. “Soy una hechicera”, me dijo.

Presentado de esta manera, suena a que primero retrocedí ante la tentación y luego me arrepentí de mi renuncia. De ser así, en ese tironeo entre apartarme o quedarme a su lado, lo que hice fue dejarle un resto, el fantasma de mi propia indecisión. A la vez, temblaba de calentura ante la perspectiva de lanzarme sobre María y comprobar si era cierto lo que prometió. ¿Por qué, en fin, no entregarme? ¿Por qué no amarla y terminar con las dudas?

¿Te gusta el libro que empezaste a leer?
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en interzonaeditora.com
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



COMPRAR LIBRO

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA